

Finalmente, la cuarta condicion de existencia para la vida material, es la maternidad. Sin una madre tierna y cariñosa, el niño moriría. En el órden espiritual sucede lo mismo. Vosotros, que todavía sois niños en la vida de los escogidos, si no procuráis que esta maternidad se interese por vosotros, no vivireis. El Señor lo ha querido así, á fin de que su Madre sea para vosotros más venerable. Dios, que es Padre y tiene deberes de justicia, habria de castigar; pero tú ¡oh María! tú, que eres madre, no castigarás nunca!

ELECCION DE ESTADO; véase: ESTADO.—VOCACION.

EMBRIAGUEZ.

I.

Noli... manducare et bibere cum peccatoribus.

No comas ni bebas con los pecadores.

(Tob. IV, 18.)

Si alguna vez debiera yo tener la lengua del profeta Elías, cuando habló á los quincuagenarios, ó la espantosa voz de san Pedro, cuando quedaron muertos á sus piés Ananías y Safira, seguramente habia de ser esta tarde, en que vengo á hablar contra aquel vicio, el mas detestable y feo, que degrada al hombre, hasta de su misma racionalidad; contra aquel vicio, el más pernicioso, y que ménos se huye, el más escandaloso, y que ménos se castiga; el más abominable, y que ménos infama; contra aquel vicio, que hace quebrantar con gran serenidad los mandamientos de Dios, los preceptos de la santa Iglesia, los decretos de los príncipes, y omitir las obligaciones de hombre, de cristiano y del empleo; contra aquel vicio, en fin, que hace al hombre incapaz de un acto de contricion, de recibir los santos Sacramentos, de pedir á Dios misericordia, y del que se siguen todos los pecados y desórdenes imaginables. Ciertamente, amados míos, no otra lengua

que la de fuego del grande Elías, ni otra voz que la de trueno del principe de los Apóstoles san Pedro, me parece serian suficientes para declamar contra el vicio abominable de la borrachera, y aún dudo que fuesen suficientes; porque miéntras los hombres se hallan ennegados en este desórden, podrian castigarlos, podrian quitarles la vida; mas no podrian enmendarlos, por hallarse enteramente ajenos del uso de razon.

Por esta causa me veo en la indispensable necesidad de cambiar el espíritu de Elías por el de Jesucristo, mudar el rigor en mansedumbre, y hablarles, ahora, que los considero en estado de escuchar la razon y la ley, con aquel espíritu de lenidad, que tanto nos recomienda el grande Apóstol san Pablo. Los instruiré con toda paciencia y doctrina, y les daré aquel utilísimo consejo, que el buen anciano Tobias daba á su hijo cuando le decia: *Noli... manducare et bibere cum peccatoribus*. No quieras, hijo mio, le decia, comer y beber con los pecadores; no te acostumbres á su compañía, porque te harás uno de ellos, y de ahí te resultarán todos los males. Esta, oyentes míos, es una verdad incontestable. Los que se juntan con los bebedores, luego los imitan en el exceso del vino; los que acompañan á los que van á la taberna, en pocos dias se hacen tan borrachos como ellos, sin reparar en que su vicio perjudica al alma, perjudica al cuerpo, perjudica á la fama y perjudica á la hacienda. Hé aquí los cuatro daños que causa la borrachera, y que yo voy á explicar, para apartar á los hombres de un desórden tan detestable. Quiera la majestad de Dios que así sea, para su mayor gloria y utilidad de las almas. A. M.

1. Es el alma racional criada por Dios nuestro Señor, para que conociéndole y amándole sobre la tierra, logre, despues, gozarle por toda la eternidad en el cielo. Para conseguir este fin dichoso y deseable, la proveyó su divina Majestad de muchos medios que la fuesen conduciendo, y dando las fuerzas y proporciones que ella, por sí misma, no tenia. La gracia divina, con que de esclava de Satanás, que ántes era por el pecado, se convierte en hija de Dios y heredera de la gloria; las virtudes teologales, cardinales y morales con las que el alma se adorna y ricamente hermosea, haciendo obras meritorias de vida eterna; la Fé, la Esperanza, la Caridad, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza; la paz, la sinceridad, la mansedumbre, la verdad, con los dones del Espíritu Santo, y el uso de los santos Sacramentos. ¡Qué socorros tan dignos de nuestro más profundo reconocimiento! Pero de todos priva al alma la borrachera. Ella es un pecado mortal, y, por consiguiente, queda el alma sin la divina

gracia, queda enemiga de Dios, esclava de Satanás y desterrada del cielo. *Neque ebriosi regnum Dei possidebunt.* Esta es la sentencia intimada por el Apóstol san Pablo (I. COR. c. VI, 10): los borrachos no entrarán en el cielo; y aunque todo pecado mortal priva de la divina gracia y del derecho de la gloria, deja, empero, al hombre las otras virtudes morales, cardinales y teologales, á ménos que la culpa cometida se oponga á alguna de ellas; mas la embriaguez se opone á todas, y priva del uso y ejercicio de todas. Decidme, si no, ¿cual es la fé de un borracho? su esperanza ¿dónde existe? su prudencia, su justicia, su fortaleza ¿dónde se hallan? Un niño le derriba, cualquiera le engaña, todos le burlan, y está incapaz de creer ni esperar cosa alguna sobrenatural. De la misma suerte podeis ir discurrendo por los dones del Espíritu santo; y decidme si hallais en él alguno. ¿Tiene acaso la sabiduría ó conocimiento de las cosas celestiales? ¿Qué pregunta! ¿tiene siquiera aquel natural instinto que se halla en las bestias, con el que se apartan de los peligros, y evitan los precipicios y los riesgos? No, señores. ¿Poseerá el don de consejo, para darlo acertado y prudente, cuando se le consulte? ¿Le acompañará el don de ciencia, el de piedad ó el de temor de Dios? Nada ménos. ¿Podrá siquiera arrepentirse de sus pecados, hacer un acto de contrición, pedir á Dios misericordia y recibir los santos Sacramentos, como puede todo otro pecador, especialmente cuando se halla en algun apuro? No, señores: el vino le tiene fuera de sí, y le ha imposibilitado para todo bien, dejándole únicamente apto para todo mal. Los juramentos más execrables, las maldiciones más feas, las palabras más torpes, las acciones más indecentes, las profías, las quimeras y los caprichos más extravagantes, todos son efectos tristes de la embriaguez. Entrad en esas tabernas, en esas casas de la destemplanza y de la gula, ¿qué veis, qué oís en ellas? Ya lo dice el Espíritu santo en el cap. xxiii de los Proverbios: *Cui vae?... cui rixae? cui sine causa vulnera? cui suffusio oculorum? Nonne his qui commorantur in vino, et student calicibus epotandis?* Mirad si dije bien, poco há, que la infame pasión del vino dañaba al alma, privándola de la divina gracia, de las santas virtudes, del uso de los Sacramentos, y dejándola entregada al desarreglo de las pasiones más soeces y detestables. Pues demos un paso más, y veremos, como despues de perjudicar al alma, daña tambien al cuerpo.

2. Todo el mundo conviene, en que ninguna cosa hay más apreciable para el cuerpo que la salud y vida. Un hombre sano y robusto es un hombre feliz, aún cuando sea el más pobre del universo: un hombre enfermo, un hombre lleno de dolores, un hombre débil, es

un desdichado, aún cuando posea inmensas riquezas y el mundo le reconozca por su señor. Por eso todos procuran la salud del cuerpo como un bien inestimable; y cuando, á pesar de todos sus cuidados, la pierden, aplican los remedios imaginables, por ásperos y desabridos que sean, para recuperarla. Todos piensan y obran así, ménos el bebedor. Su intemperancia debilita el temperamento más robusto, extenua las fuerzas, hace perder el color, mueve convulsiones, adelanta la vejez, destempla la armonía de los humores, y causa enfermedades. Todos los médicos, con Hipócrates y Galeno, convienen, en que la destemplanza es el mayor enemigo de la salud, así como la templanza y sobriedad son sus mejores preservativos. Hijo mio, no olvides jamás esta verdad, me dijo un célebre facultativo de cirugía, hallándome yo de pocos años en la universidad de Alcalá; no olvides nunca lo que te digo: *mejor cura dieta que lanceta;* y todos habrán experimentado ser esto así, viendo cada dia sanar de no pocas enfermedades sin más medicina ni sangría que la dieta y la abstinencia; como, por el contrario, habrán sabido ó visto, que muchos, por un hartazgo ó exceso de comida ó bebida, cayeron en accidentes mortales, en incurables apoplejías ó en muertes repentinas.

Pero esta sana y santa doctrina es desconocida del bebedor, porque ¿qué cosa es el vientre de un borracho? Es una pestifera laguna de todas las inmundicias de la taberna, que, exhalando vapores crasos al cerebro, perturba su armonía, descompone la máquina del cuerpo, produce dolores y causa enfermedades: *Quæ vita est ei qui minuitur vino?* Dice el Espíritu santo (Eccli. c. xxxi, 53.) ¿Qué salud tiene ni puede tener aquel, que la está continuamente arruinando con el vino? Pero éste, no solo deteriora la salud, tambien acaba con la vida. Jesucristo, en su sagrado Evangelio, nos dice: *vivid cuidadosamente, no sea que se graven vuestros corazones con el exceso de la comida y bebida, y venga sobre vosotros una muerte repentina: Attendite autem vobis ne forte graventur corda vestra in crapula et ebrietate..., et superveniat in vos repentina dies illa* (Luc. c. xxi, 34). Efectivamente, amados míos, una muerte repentina es la suerte infeliz de la mayor parte de los bebedores. Muchos se han muerto á sí mismos, sin saber lo que hacian; á otros les han muerto por las pendencias que ha ocasionado el vino. Y, á la verdad, ¿qué cosa más á propósito para perder la vida, que la infeliz situacion en que muchos salen de la taberna? Aquí caen, allí se levantan, más allá vuelven á caer; expuestos siempre á una infinidad de riesgos y peligros; á precipitarse de un puente, á dar contra un peñasco, á ahogarse en un rio, ó quedar sufocados por el mismo vino, hallándose ellos tendidos como troncos

en el suelo. ¿Se puede imaginar alguna cosa más perjudicial y destructiva de la salud y vida del cuerpo humano? Seguramente que no, señores míos. Pues añadid á estas miserias del alma y cuerpo, el daño que causa en la fama del bebedor su abominable pecado.

3. Nadie ignora, que la buena fama es uno de los mayores bienes del hombre. Algunos han llegado á anteponerla á la misma vida, arrojando los más grandes peligros, y emprendiendo las mayores y más peligrosas hazañas, por no perder el buen nombre, ó no degenerar de su nobleza, ó de aquella hombría de bien, en cuyo concepto estaban. El mismo Espíritu Santo nos encarga el cuidado de la fama y buen nombre, cuando nos dice: *Curam habe de bono nomine* (Eccli. c. xli, 13); esto es, que todos debemos conducirnos por principios de honor y religion, viviendo honestamente, hablando con juicio, obrando con prudencia, causando respeto y veneracion con nuestra irreprehensible conducta. Si no lo viéramos con demasiada frecuencia, parecería increíble, que llegasen los hombres á desordenarse de manera, que, abandonando todo pudor, despreciando toda honra y estimacion, se hiciesen la risa, el juguete y la diversion del más soez populacho. Poned los ojos en un hombre cargado de vino, y vereis que espectáculo tan infame. Sale de la taberna ó de la casa del juego y la embriaguez, y sale sin cabeza para conducirse y gobernarse; sin ojos para ver por donde camina y precaver los peligros; sin oidos para escuchar los silbos, las risas, los entretenimientos de los muchachos y la plebe; sin piés para sostenerse y andar con rectitud, cayendo en todas partes, y hallando en todas precipicios; sin lengua para hablar ordenadamente y dar razon de su persona; sin manos para trabajar, para defenderse y emplearse en cosa útil; y, finalmente, sin más cuerpo ni más alma que una bestia, y aún mucho peor, como decia san Basilio: *Quod enim pecus sicut ebriosus?* (BASILIUS, DE JEJUNIO). ¿Qué animal se hallará jamás tan estólido ni tan embrutecido, que tenga piés, y no los mueva, manos, y no las maneje, ojos, y no distinga los objetos, oidos, y no perciba las voces? Estos son de quienes dice admirablemente la santa Escritura: *Oculi tui videbunt extranea, et cor tuum loquetur perversa* (Prov. c. xxiii, 35). Ellos ven cosas extrañas, se les representan mil visiones, hablan mil disparates; unas veces rien, otras lloran; ya cantan, ya rezan, ya predicán, ya se confiesan, ya bailan. Una pulga se les representa un elefante, en una sola luz ven mil candelitas, y en una voz escuchan una capilla entera de músicos; de forma, que en su cerebro, lleno de los efluvios soporosos del vino, nadan con la más ridícula confusion las ideas más extravagantes y desordenadas: *Oculi tui videbunt extranea, et cor tuum loquetur*

perversa. Estos son, de quienes dice tambien la misma santa Escritura, que aunque los castiguen, no lo sienten; y aunque los lleven y traigan en brazos ajenos, no lo conocen, y solamente se acuerdan de preguntar por el vino, apénas acaban de despertar de su embriaguez: *Verberaverunt me, sed non dolui; traxerunt me, et ego non sensi: quando evigilabo, et rursus vina reperiam?* (Prov. c. xxiii, 35). Palabras dignas de las más sérias reflexiones; pero en que no podemos detenernos, porque el tiempo nos estrecha. Decidme, pues, ahora, ¿á un hombre que adolece de un vicio tan infame, habrá juez que le admita por testigo, delator ó agente de algun negocio? ¿habrá caballero que le busque para la direccion y gobierno de su hacienda? ¿se hallará padre que quiera darle su hija en matrimonio? ¿encontrará mujer que le escoja para marido? ¿amigo que le confie algun secreto? ¿comerciante que le entregue sus caudales? ¿persona que le proponga para algun cargo honroso en su pueblo? Todo lo contrario, amados míos; todos le mirarán con el mayor horror; todos le desestimarán como á un hombre despreciable, sin honra, sin pundonor, sin fama; y todo hombre de bien huirá de su compañía como de un contagio. Tan universalmente daña en la fama este abominable pecado; pero no ménos daña y perjudica á la hacienda.

4. Nunca la tendrá el bebedor, como lo estamos viendo lastimosamente todos los dias. Cuando la santa Escritura no dijese: *Qui amat vinum... non ditabitur* (Prov. c. xxi, 17); que los aficionados al vino jamás estarán ricos; la experiencia nos demuestra, que, arrastrados de su pasion, venden y malbaratan cuanto tienen y cuanto no tienen, contrayendo unas deudas diarias, que al fin del año ascienden á una suma demasidamente crecida, para cuya satisfaccion destruyen la dote de su mujer, el patrimonio de sus hijos, los muebles ó fineas de la casa, con que en pocos años se miran todos desnudos y en la calle. Entregados á una vergonzosa ociosidad, no cultivan la hacienda, si alguna les dejaron sus mayores: parte, por quedar inculta, parte, por malamente vendida, viene en breve á deteriorarse y perecer toda ella. Por eso dice el Espíritu santo: *Qui diligit epulas, in egestate erit* (Prov. c. xxi, 17). Si sus padres no les dejaron haciendas que malgastar, ellos no las saben adquirir, porque, aún cuando sean excelentes en algun oficio ó arte, aún cuando con una mediana aplicacion al trabajo pudieran lograr una decente y honrada subsistencia, todo lo destruyen, gastando en un dia la ganancia de toda la semana, como decia bellamente san Ambrosio: *Uno die dibunt mutorum dierum labores* (AMBROS. LIB. DE ELIA). Seguidle los pasos á un bebedor, acabada la tarea de su trabajo, ó en las tardes

del día de fiesta, y vereis, como en lugar de acudir al santo templo de Dios, para darle culto, pedirle sus misericordias, llorar sus pecados y santificar de esta suerte los días festivos, vuela á la taberna para echar, como ellos dicen, un trago. Pero, qué sucede? Entra despues un amigo, y con tan plausible motivo vaya otro cuartillo, acábase aquel, viene otro, y se repite la misma funcion, hasta que vuela el jornal, vuela el día, vuela el juicio, y en aquel estado infeliz se vuelve demasiado tarde á su casa. Allí es ello: la pobre mujer, que ansiosamente esperaba el jornal de su marido para traerle que cenar, y alimentarse ella y sus hijuelos, viéndole venir cargado de vino y sin un cuarto, alza el grito desordenadamente, y llena de cólera empieza á maldecirle y á detestar su conducta y sus compañías: respóndela el marido con un torrente de blasfemias, votos y reniegos: afruénase la casa con las voces, escandalizanse los hijos, reciben mal ejemplo los vecinos; y convertida su habitacion en un pequeño infierno, no se vé en ella otra cosa que el desórden, el sempiterno horror, las desavenencias domésticas, y, en suma, todo pecado: *Vae qui potum dat amico suo, mittens fel suum!* (HABAD. c. II, 15). ¡Ay, dice el Espíritu santo por su profeta Habacuc, ay del que alarga el jarro en la taberna á sus amigos! ¡Ay del que allí pasa las horas, faltando á su trabajo, á su taller, al cuidado de su casa y á las demás obligaciones de su estado! ¡Ay de los que conducen á otros á tan pestífero lugar, donde las ofensas de Dios son tan frecuentes, y la ruina de los bienes tan inseparable! Pero nada alcanza para desengañar á estos infelices. Ellos continuarán en su mala vida, hasta que le ponga término una muerte desdichada: *Venite* dice en su nombre el gran profeta Isaias, *venite, sumamus vinum, et impleamur ebrietate; et erit sicut hodie, ita et cras, et multo amplius* (ISAI. c. LVI, 14): vamos, se dicen mutuamente unos á otros, vamos á la taberna, y bebamos hasta no más: si hoy nos hemos emborrachado, mañana será lo mismo, y, en adelante, sucederá lo propio. Hé aquí cómo la divina Escritura nos manifiesta la incorregibilidad de los bebedores y su funestísima situacion.

¡Oh vicio horrendo, que dañas al alma, privándola de la divina gracia, desnudándola del derecho á la gloria, convirtiéndola de hija de Dios en esclava de Satanás, imposibilitándola para su conversion, y destinándola para arder eternamente en el infierno! ¡Oh vicio infame, que dañas al cuerpo extenuando sus fuerzas, debilitando su salud, causando enfermedades y acabando con su vida! ¡Oh vicio detestable, que dañas la fama, la estimacion y buen nombre entre las gentes, dejándolas convertidas en risa, en menosprecio, en juguete de los

muchachos! ¡Oh vicio aborrecible, que destruyes la hacienda, acabas con las casas y llenas de pobreza las familias! *Vae qui potentes estis ad bibendum vinum!* (ISAI. c. V, 22). ¡Ay de vosotros, que os dejais arrastrar de la pasion del vino, y qué cúmulo de desdichas tan enorme será vuestro patrimonio en esta vida y en la otra!

Pues ¿qué remedio, señores? No beber vino sería el más seguro, y, acaso, el único, porque todo otro me parece muy contingente. Es duro, responderéis.—Más duro será condenarse; más duro será beber por toda la eternidad hiel de áspides y dragones, como dice el Espíritu santo: *Fel draconum vinum eorum et venenum aspidum insanabile* (DEUTER. c. XXXII, 53). Más duro será arder entre llamas inextinguibles por miéntras Dios sea Dios. Es duro: séalo en hora buena; pero vosotros mismos, cuando estais enfermos, ¿no pasais los días, las semanas, y aún los meses, sin beber vino, únicamente por recobrar la salud del cuerpo? Pues ¿por qué no podreis hacer otro tanto por la salud del alma, por la consecucion de la gloria, por ver á Dios? Pero contentémonos con ménos. Escuchad los tres remedios que os presento; primero, no entrar en la taberna jamás. Así lo encarga el Señor: *Domum convivii non ingrediaris, ut sedeas cum eis, et comedas et bibas* (JEREM. c. XVI, 8). ¿Tienes necesidad de beber un poco de vino? envía por ello, y bébelo en tu casa con tu mujer y familia. Segundo remedio; no acompañar á los bebedores en sus casas, en sus juntas, ni en sus corrobros, bromas y borrascas, que son los términos con que vosotros os explicais. Así tambien lo manda Dios: *Nolite manducare et bibere cum peccatoribus*. Todo hombre de bien debe huir de semejantes concurrencias, en que reina la gula, la des-templanza, la disolucion y todo desórden. Tercer remedio; no beber jamás fuera de las comidas. Con un estómago vacío, que aún no ha tomado el competente alimento por las mañanas, á poco vino que beba el hombre, experimentará alteracion y sentirá perjuicio en su salud; y si por las tardes ó las noches continúa bebiendo, perderá las fuerzas, se perturbará su razon y caerá precisamente en todos los males que dejo expuestos. Finalmente, pedid con constancia á Dios vuestra conversion por los méritos de Jesucristo, atormentado con hiel y vinagre, y acordaos, que es preciso mortificarse y participar de las penas del Salvador, si quereis acompañarle en su reino, que os deseo.

EMBRIAGUEZ.

II.

*Vae qui potentes estis ad bibendum vinum,
et viri fortes ad miscendam ebrietatem.*

¡Ay de vosotros, que sois briosos para beber vino, y hombres fuertes para embriagaros con diversos licores!

(Isai. v, 22.)

Una de las virtudes más enaltecidas y recomendadas aún por los mismos filósofos paganos, es la templanza, que modera los apetitos y los excesos de los sentidos. Todas las acciones que aconseja la templanza, son acertadas, y, al contrario, son desacertadas todas las que no son obra de la templanza. Hasta las virtudes y la gracia necesitan de ella. El hombre con la templanza es dichoso, con la destemplanza es desgraciado. A esta virtud se oponen los excesos que se cometen en la bebida y en la comida; vicio tan comun en el mundo, y del que tan poco se cuida de corregirse. Si este punto pudiera tratarse bastante extensamente en un solo discurso, os hablaria de ambos excesos; pero siendo tan vasto, me ocuparé por hoy solamente de la embriaguez.

Unos creen, que beber en cuantas ocasiones se les presenten, tomar vino con exceso, y hacerse un hábito de esto, no es un pecado tan grave como se dice: otros aún se imaginan, que, en ciertas ocasiones, es un placer inocente y una diversion honesta. ¿Qué les diremos para llamarlos á su obligacion, y detener el curso de esta monstruosa destemplanza? Propondremos á los primeros las razones que hacen á la embriaguez tan infame y tan criminal, y responderemos á los vanos pretextos de los segundos, con que quieren excusar su torpeza: *todo condena la embriaguez*: primera reflexion: *nada de todo cuanto se alega, la justifica*: segunda reflexion. Imploremos ántes, etc. A. M.

1. Por poco entendimiento y poca religion que tenga un hombre, no puede mirar con indiferencia ni su salud, ni su reputacion, ni su salvacion. No obstante, ¿qué hace un ébrio? desprecia todo esto: pro-

diga su salud, pierde su reputacion y arriesga su salvacion; ó si que-
reis que me explique en otros terminos, se atrae por su pecado la
ruina de su salud, la aversion de los hombres y la maldicion de Dios.
¡Quiera Dios que estas razones muevan á los ébrios, y que estos males
que los amenazan los hagan entrar en sí mismos!

La salud es un gran tesoro: con ella, por miserable que uno sea,
vive contento; pero sin ella, por más riquezas que posea, es digno
de lástima. Tener salud es vivir feliz, segun el mundo; no tenerla,
no es vivir; es desfallecer y morir todos los dias. Cada uno busca es-
ta salud, porque ninguno aborrece su carne; pero la embriaguez ha
muerto á muchos; y los que están sometidos á una honesta templan-
za, viven, ordinariamente, más tiempo que los otros (Eccl. xxxvii, 34):
No mireis el vino cuando brilla en el vaso, dice tambien el Sabio: pa-
rece delicioso á la boca, y entra en ella con suavidad; pero si bebeis
con exceso, os morderá como una serpiente, y os envenenará como
un basilisco: *Ingreditur blande; sed in novissimo mordebit ut co-
luber, et sicut regulus venena diffundet* (Prov. xxiii, 31, 33). ¿Qué
es el estómago de un ébrio? Es una laguna de todas las inmundicias
de la taberna, la que exhalando mil vapores al cerebro, produce en
él una fuente inagotable de dolores y de enfermedades sin número.
Os quejais de que estais siempre incomodados de males y no reparais
que son vuestros desórdenes los que los causan. Añadamos á la ruina
de la salud, la pérdida de la honra, que acompaña á la embriaguez.

Por corrompido que esté el mundo, hace un entero desprecio de
los ébrios. Aunque los compañeros de sus borracheras los amen,
aunque los que viven á costa de este vicio los alaben, la gente de ho-
nor los menosprecia y los mira como una peste pública. Contribuye
á deshorrarlos todo lo que puede hacer odioso é infame á un hombre:
los embarazos en que se meten, los escándalos que causan, la torpe-
za de la vida que pasan, las injurias y malos tratamientos que mu-
chas veces se sufren de su brutalidad, la pobreza que se atraen, la
incapacidad en que están de gobernar su familia y de ejercer las obli-
gaciones de su cargo; todo esto concurre á hacerlos odiosos y des-
preciables.

¿En dónde se hallará un padre juicioso que quiera dar su hija en
matrimonio á un borracho? ¿Habrá muchacha prudente y advertida,
que quiera aceptar tan mal partido? ¿Se encarga comision alguna á
un hombre que se conoce entregado al vino? ¿Se le confia un secreto
ó un negocio de importancia? ¿En dónde está el juez ajustado, que
reciba por testigo á un borracho? ¿En dónde está el hombre honra-
do que quiera acompañarse de personas que se embriagan? No tie-

nen ni cabeza para conducirse, ni piés para andar, ni ojos para ver, ni oídos para oír; viven como brutos, y aún son de peor condición que los brutos. Los brutos hallan su morada; pero el borracho no sabe volver á su casa: duerme y pasa la noche en la taberna, ó en el campo. ¿Qué se le puede decir? Su razón está anegada en el vino: no percibe nada: insolente, descarado, está dispuesto á injuriar y tratar mal á un amigo, y á romper con él. Por esto nos advierte el Sabio que no tengamos ninguna familiaridad con semejante gente: *Noli esse in conviviiis potatorum, nec in commensationibus eorum* (Prov. xxiii, 20). Si los hombres no los pueden sufrir, ¿cómo los mirará Dios, y de qué suerte trabajarán ellos en su salvación?

Están tan poco dispuestos á ello, que casi se les cierran todos los caminos de santificación. ¿Es necesario acercarse á los Sacramentos? No están en estado de aprovecharse de ellos. ¿Se trata de practicar los ejercicios de cristiano? No oran, ni por la mañana, ni por la tarde: mírese como están en la iglesia, no tienen más religión que los ateístas. ¿Qué es un borracho? pregunta S. Ambrosio: es una criatura inútil en el mundo: *Quid est ebrius, nisi superflua creatura?* (Lib. de ELIA, ET JEJUN). Un ébrio no es bueno ni para sí, ni para los demás, ni para los negocios de su familia, ni para los de su salvación; pero si no es propio para ningún bien, es capaz de hacer mucho mal.

Para convencernos de ello, bástanos entrar en esas tabernas, en donde no se sigue ninguna regla, y que son como casas públicas de destemplanza. ¿Qué es lo que pasa en ellas? Cosas que dan horror. ¿Qué es lo que se oye? Blasfemias, injurias, maldiciones, palabras impías, canciones deshonestas. ¿Qué es lo que se ve? Riñas de una parte, furores de la otra, y aún acciones más criminales, que no se pueden decir. La licencia conduce á la danza: estando un poco aliviado del peso de la destemplanza, se comienza á beber de nuevo, y se cae en los últimos excesos: el vino se sube á la cabeza, el borracho va á echarse sobre una mesa: al despertar: *luxuriosa res vinum, et tumultuosa ebrietas* (Prov. xx, 1). Se toma con el primero que encuentra, casca á éste é injuria á aquel. No respeta ni á padre, ni á madre: *cui vae? cujus patri vae?* ¿Para quién serán las riñas, los palos, las heridas, dice el Espíritu santo, sino para los que pasan su tiempo en beber vino, y que ponen sus placeres en vaciar vasos? *Nonne his, qui commorantur in vino, et student calicibus epotandis?* (Prov. xxiii, 30). Por esto es fácil juzgar, que ninguno arriesga más su salvación que un borracho. ¿Y qué sería de él, si llegase á morir en este estado, pues que la Escritura nos asegura, que los borrachos no entrarán en el reino de los cielos? (I Cor. vi, 10). Responda-

mos, ahora, á los pretestos frívolos de que se vale para excusar la torpeza de su pecado.

2. Es el encuentro de un pariente, ó de un amigo, el que me llevó á este exceso, dicen unos. Es cierto, que la visita de un pariente, de un amigo, es un poderoso atractivo; pero si la civilidad pide que comais y bebais con ellos, ¿es necesario, que para manifestarles la alegría que teneis de verlos, cometais excesos contrarios á esta misma civilidad? Los primeros cristianos veían á sus parientes y á sus amigos, se regocijaban; pero era de un modo tan circunspecto, que su modestia era conocida de todos los hombres: *haced vosotros lo mismo.*

Este es un alivio permitido, dicen, á lo ménos, á los pobres obreros, que, trabajando toda la semana, es justo que se diviertan los domingos y las fiestas. ¡Es justo! ¿Y de quién habeis aprendido esa bella moral? ¿Es Dios, acaso, quien os ordena, que profaneis los santos días, dedicados especialmente á su servicio? Os deja los otros libres para el trabajo y las ocupaciones ordinarias de vuestro estado; pero os pide festivos, á fin de que por vuestras oraciones y la asistencia á los divinos oficios, le rindais el homenaje soberano que le es debido. Justo es, que os divirtais; pero mirad que es con la condición, de que sea sin pecado; porque desde que hubiere pecado, os están prohibidas tales diversiones. ¿Y se puede decir que no hay pecado, en pasar los santos días, como los pasais en esos lugares profanos, que los santos Padres miraron como casas de impureza y de disolución? Esta excusa, pues, no es más admisible que la primera.

La tercera es, decir, que es éste un vicio contraído en la mocedad, y una costumbre que no se puede vencer. ¡Es una costumbre! pues esto es lo que os hace más culpables. Si no os hubierais embriagado más que una vez, se podría decir, que habiais sido sorprendidos; pero, segun os explicais, sois pecadores inveterados, borrachos de profesión, que no salís de la taberna; y ¿creeréis que esa inclinación habitual al vicio, y esa ansia desenfrenada de llenaros de vino, os haga ménos culpable? Decid, pues, que un ladrón lo es ménos, cuando contrajo la costumbre de robar; que un impúdico lo es ménos, cuando este vicio se le ha hecho familiar.

Reflexionad seriamente, como os lo advierte Dios por su profeta Joel (JOE. i, 5). Despertad, oh ébrios, y llorad; alzad el grito todos los que estais bebiendo alegremente el vino: porque se os quitará de la boca. Despertad á la vista de los males que produce la embriaguez. Despertad á los clamores de una pobre mujer, á quien acaso maltratais, despues de haber comido su hacienda. Despertad á los sollozos y

á los gritos de esos pobres hijos, que reducís á la mendicidad. ¡ Ay ! ¿ habéis de ser más brutos que los mismos brutos? Estos proveen á las necesidades de sus hijuelos; pero vosotros, bárbaros, los abandonáis. Llorad vuestros desórdenes pasados, en vez de contarlos con alegría y con ostentacion. Clamad al cielo, y pedid á Dios la gracia de salir de esa extraña morra, en que os tiene sepultados el exceso del vino. Dad gracias á la misericordia divina de haberos conservado hasta ahora: aprovechaos del poco tiempo que os resta para alcanzar, por medio de una verdadera penitencia, el perdon de vuestros pecados, y, despues, la gloria eterna.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

EMBRIAGUEZ.—Por este vicio el hombre pone á los demonios en estado de disponer de él de un modo absoluto.

Por este vicio el hombre se expone á la confusion de los grandes y de los pequeños.

Por este vicio el hombre se hace indigno de todas las vocaciones del cristianismo.

EMBRIAGUEZ.—La embriaguez del entendimiento hace al hombre obstinado en sus errores.

La embriaguez del corazon inspira al hombre desprenderse de las criaturas.

La embriaguez del cuerpo expone al hombre á toda suerte de pecados.

Véase: INTEMPERANCIA.

EMULACION.

Emulamini in bono semper.
Sed celosos amantes del bien.

(GAL. IV, 18.)

Todos hemos sido criados para conquistar un reino, cuya condicion principal es la santidad: todos servimos á un príncipe, que desea santificarnos: todos somos destinados á una gloria, que no la concede el Señor sino á los que procuran imitarle en la santidad. Debemos ser santos, porque nuestro rey y nuestro Dios es santo, y esta es la calidad de que más se gloria en las criaturas. El cielo que habita, es su santuario: el cántico eterno que allí resuena, es una continua alabanza de su santidad; y la ocupacion en que se emplea, se reduce á coronar con su justicia á los que hizo santos con su gracia.

¡ Felices los que, elevándose con la fé sobre todo lo criado, llegasen á penetrar el velo de la eternidad, para tomar en el seno de Dios, como en su origen, la idea de la santidad! Pero ¿qué proporcion se encuentra entre Dios y los hombres? ¿Hay alguno que pueda ser santo, como el Señor? Por esto, así como los que no pueden fijar la vista en el sol, lo contemplan en las aguas cristalinas, en donde ven la imagen del mismo sol; así tambien nosotros, incapaces de comprender la santidad de Dios, nos contentamos con enaltecer, con admirar, é imitar su imagen en sus santos. La Iglesia se alegra al ver que en un siglo, en que apenas hay santos, todavía se venera la santidad. Pero se entristece y gime al ver, el poco fruto que nosotros sacamos de sus ejemplos. Cantamos himnos en su alabanza, oímos con gusto referir sus acciones, aplaudimos la felicidad de que gozan; pero concretándonos á la admiracion, no tenemos valor para imitarlos. Llenos de una santa emulacion, debiéramos aspirar á la misma dicha, imitando su conducta. Dios nos manda, que tengamos emulacion para obrar el bien: *Emulamini in bono semper*; y que no la tengamos para imitar ni obrar el mal: *Ne emuleris hominem injustum*. Procuremos, pues, imitar, y aún, si cabe, imitar con exceso las acciones virtuosas de los justos; y guardémonos de imitar los actos de los pe-